

Espionaje criollo

Objetivo 4

GERMÁN CASTRO CAYCEDO

Editorial Planeta, Bogotá, 2011, 405 págs.

IGNORO CUÁNTOS libros ha entregado Germán Castro Caycedo al público lector en las últimas décadas. ¿Decenas? No creo exagerar. Unos más interesantes y entretenidos que otros, sin duda, pero todos escritos con un rigor periodístico que no es común por estos lares. Y todos absorbentes para el lector. Eso no es nada fácil. Si un autor es capaz de agarrarnos desde el primer párrafo y no volver a soltarnos hasta el último, ya ha logrado una proeza asombrosa y debe tener nuestra admiración. Sus libros son, si no me equivoco, casi todos testimoniales. “Desgrabados”, les dicen los detractores, como si en esa labor de tomar horas y horas de grabaciones deshilvanadas y darles una forma y una ilación no hubiera una labor literaria tremenda. Saber escoger cada frase de una declaración, cuál ayuda a la trama y cuál no, tener ese tino, es ser escritor. Y muy de verdad. Hay muchos que hacen cosas similares, pero con resultados deplorables más de una vez, salvo el caso desbordado de Alfredo Molano. Ellos dos han escrito toda una narrativa testimonial de nuestra más reciente y terrible realidad. En sus libros como en pocos se verá este país el rostro mañana, si es que este país va a tener un mañana y ese mañana va a tener un rostro todavía.

El libro que aquí nos ocupa, *Objetivo 4* –título en verdad muy poco llamativo–, es algo así como un libro de espionaje criollo. (Debo advertir que ese no es un género del que sea lector este reseñista). Consiste en cuatro largas crónicas sobre igual número de investigaciones hechas por la policía, en algunos casos en coordinación con el ejército, y los cuerpos de inteligencia de ambas instituciones para dar captura a subversivos o a narcotraficantes.

El primer relato trata de las pesquisas hechas para dar captura a “Martín Sombra” –excrables sus fechorías, sin duda, pero qué bello alias, ¡lo siento mucho!–, el jefe guerrillero criado al lado de “Tirofijo”, hábil en huir de cuanta emboscada y trampas le pusieron sus enemigos, a tal punto que

entre las tropas a su mando y entre los campesinos siempre se dijo que estaba rezado, y que tenía pacto con el diablo. Ese hombre moreno y robusto, de buen hablar y enamoradizo en los burdeles, bebedor de whisky fino y agudo como pocos, es seguido e infiltrado de manera sutilísima hasta que es capturado por las fuerzas del Estado. La descripción es detallada, pormenorizada y no deja hilo suelto. Son utilizadas para contar toda la historia las diferentes voces que hablan desde sus diversas posiciones. Por supuesto, Castro Caycedo tuvo acceso a todos los documentos y pudo hablar con no pocos de quienes anduvieron tras las huellas del guerrillero; ese privilegio le ayuda bastante y él sabe de qué manera utilizar narrativamente esas ventajas.

El segundo relato trata de la persecución al “Paísa”, guerrillero también de las Farc, que asoló buena parte del occidente del departamento de Antioquia en la primera década de este siglo. Secuestrador y hombre sin hígados a la hora de ejecutar a sus prisioneros, tal como lo haría con Guillermo Gaviria, gobernador de Antioquia, y con Gilberto Echeverri Mejía, exministro de Estado, y a la sazón consejero de paz, ambos prisioneros suyos. Son inverosímiles las tretas que usan los insurgentes para abastecerse, para despistar al enemigo, y es escalofriante la sangre fría y el sigilo de los agentes que los persiguen y los vigilan: tienen contactos que trabajan para ambos lados, informantes que se venden sin ningún pudor, hombres y mujeres que para infiltrarse son capaces de abandonar toda vida familiar y social durante meses y asumir roles completamente ajenos a su condición. *Actores* sí, pero en un sentido mucho más estricto y prolongado. Uno no alcanza a imaginar cuánto ingenio hay de lado y lado para entrabar al adversario, para hacerlo equivocarse. Cada bando sabe que es observado, y cada bando sigue con detenimiento milimétrico las pisadas del otro hasta que alguno de los dos falla y hay que comenzar de nuevo o se cae abatido por el enemigo. Tal es el caso del Paísa, quien muere de un bombazo certero después de muchos meses de seguimientos.

La tercera narración nos cuenta las fechorías y desmanes de un par de hermanos narcotraficantes, Miguel Ángel y Víctor Mejía Múnera, conoci-

dos como “Los Mellizos”, quienes se acomodaron como tantos otros dentro de esa supuesta ley de Justicia y Paz que habría de servir para dismantelar las organizaciones paramilitares que habían surgido como contraposición a las guerrillas y cuyos jefes eran los hermanos Fidel, Vicente y Carlos Castaño. Resultó ser que más de un narcotraficante aprovechó esa ley y esa oportunidad de saldarse sus cuentas con la justicia, compró frentes de hombres armados, les cambió de nombre, y de esta manera consiguió una disminución de las penas distrayendo así la opinión y burlando al Estado. Fueron los Mejía Múnera quienes, en compañía de “Hernán Giraldo” y “Jorge Cuarenta”, conformaron el temible grupo de Los Nevados, que ejercería su poder en la Sierra Nevada de Santa Marta. De estos hermanos se dice que Víctor era una persona pausada y un poco más sociable, en tanto su otro hermano, Miguel Ángel, más conocido como “Pablo Arauca”, era un hombre pendenciero. Es altamente intrigante toda esta historia, porque mil veces están a punto de capturar al uno o al otro e invariablemente cuando llegan a su refugio, ya se han ido. Resulta paradójico que mientras el más calmado y de buenas maneras resulta abatido pistola en mano en un operativo en el Bajo Cauca antioqueño, el otro es sorprendido en una cabina camuflada en un tracto mula, medio asfixiado, es sacado de allí y aprehendido mientras da muestras de relativa sumisión y suavidad. A ese, a Miguel Ángel, lo extraditan posteriormente a los Estados Unidos.

El cuarto relato trata de toda la persecución a Daniel Rendón Herrera, alias “don Mario”, hermano de otro delincuente famoso conocido como “el Alemán”, ambos figuras destacadas en la delincuencia, sobre todo en el área del Golfo de Urabá. Durante dos años, con mil estrategias es perseguido “don Mario” y se le escabulle sin saber por dónde. Al final, en una operación que parece fracasar también, de pronto uno de sus cómplices, interrogado y acorralado por la policía, confiesa el sitio donde se encuentra, debajo de unas tablas recostadas contra una palmera. Allí es encontrado, entre sus propios excrementos, sucio, llorando, suplicando que le perdonen su vida, tembloroso, el hombre que al parecer acabó con

la vida de más de tres mil personas. Es toda una ironía que personas que tanta crueldad han demostrado, al final acaben siendo dueños de tanta cobardía.

Estas historias contadas con lujo de detalles tienen el tinte de la aventura, aun siendo reales. Son casi inverosímiles, parecen producto de la imaginación, pero, como ya nos lo dio a entender Joseph Conrad en las pocas reflexiones anotadas al comienzo de sus obras, no hay imaginación humana que supere a la propia realidad.

Fernando Herrera Gómez